

## LA FRANCMASONERÍA,

ó SEA,

## LA SECTA ANTICRISTIANA.

I.

Acabamos de recibir la carta siguiente:

«M. J. E. de Camillo,

«Director del *Diario de Florencia*.

«Soy yo de los que honran vuestra franqueza y vuestra sinceridad: me lisonjeo, por lo tanto, de que me permitiréis explicarme franca y sinceramente con vos y con vuestros lectores, en el caso de que tuvierais á bien publicar esta carta en vuestro *Diario*, para lo cual quedais autorizado.

«En breve cumpliran dos años que habeis entrado en la arena del periodismo, poniéndoos al frente del *Diario de Florencia*, y comunicándole, desde luego, un impulso más francamente cristiano, que el que tenia bajo la direccion anterior á la vuestra. Inmediatamente, y sin vacilar, habeis abierto la campaña contra la Masonería, á la cual llamais *Secta anticristiana*. Perfectamente: nada tengo que objetar: muy al contrario; alabo el valor que estais desplegando para defender las convicciones inquebrantables que os animan. Empero, debo advertiros, que encuentro en vuestra

conducta algo, que no vacilo en calificar de inconsecuencia.

«La Francmasonería acaba de publicar su *Almanaque popular para el año 1874*. Los periódicos católicos de la península se han apoderado con laudable celo de esta publicacion, y han extractado indicaciones preciosas, ora sobre el considerable número de Logias establecidas ya en Italia, ora acerca del nombre de las personas que las presiden. Y, entretanto, los lectores de vuestro periódico, no solo carecemos de estos datos, sino que ignoramos hasta la existencia de tal *Almanaque*. Los que siguen vuestros pasos, en los combates que librais á la secta, se han suscrito á vuestro periódico, porque conocen vuestras obras relativas á un asunto tan importante; ¿no tienen, pues, éstos, derecho á reprochar vuestra negligencia, grave, al parecer, si se atiende á las circunstancias de actualidad? Nobleza obliga; y los trabajos que habeis publicado sobre la secta, antes de entrar en la carrera periodística, os imponen el deber de tenernos al corriente, de cuanto se refiere á esta vasta asociacion enemiga de la Iglesia.

«Haced de estas observaciones el uso que tengais por más conveniente; en cuanto á mí, miro como un deber de conciencia no ocultaroslas.

«Un lector asiduo.»

La palabra *inconsecuencia* es dura; y cuando haya yo explicado con franqueza mi conducta, conforme desea el *lector asiduo*, sentirá, tal vez, algun remordimiento por haberla escrito; pero sepa, de antemano, que le perdono, porque no he conseguido una gran parte de mi existencia á estudiar las obras de la secta, y de Satanás, que la inspira, sin haber comprendido, que, éste último, por permiso de Dios, ha adquirido en nuestros tiempos el poder de extraviar las mejores inteligencias, agriarlas las unas contra las otras, entrelenerlas con bagatelas de vecindad, detenerlas en el camino, distraerlas, en una palabra, de cualquier manera que sea, de investigar el verdadero objeto que se propone conseguir. La decadencia de la fe ha traído consigo una justa condenacion providencial, la de que no se llegue al conocimiento de la verdad sino al precio de una fatiga abrumadora, de esfuerzos increíbles, de dificultades sin cuento, en suma, de una batalla en regla librada al espíritu de mentira, que ha recobrado, hoy, la dominacion del mundo, como en la era pagana.

Una verdad evidente debiera haber hecho reflexionar á nuestro *lector asiduo*; y es, que la secta no confia sus misterios á un almanaque, ni informa al publico de sus designios, ni vende á un cualquiera por el ínfimo precio de cincuenta céntimos la revelacion de sus propósitos. Esto sentado, ¿qué utilidad reportarian nuestros lectores de algunas páginas de ese almanaque popular? ¿De qué nos serviria conocer los nombres de los venerables hermanos que presiden las Logias, para explicarnos la lucha formidable que estamos presenciando?

Si el *lector asiduo* hubiese leído mi *Storia della setta anticristiana*—de lo que me hace dudar el contenido de su carta,—hubiera visto, que la secta se compone, hoy por hoy, de este personal: 1.º de un núcleo muy reducido de jefes desconocidos; 2.º de cierto número de adeptos, que formalmente creen, que las miras de la asociacion se limitan á un objeto filantrópico; 3.º de un número infinitamente mayor de adeptos, que se han inscrito con la única idea de auxiliarse reciprocamente, para mejorar su posicion en el mundo, y adquirir los puestos más elevados y lucrativos en sus respectivas carreras; 4.º por último, de una inmensa muchedumbre de se-

ducidos, que se burlan de la secta, y que hasta ignoran su existencia, pero que trabajan con el mayor ardor en interés exclusivo de la misma.

En tanto que el objeto misterioso que prosigue la secta no sea conocido de todo el mundo—y por cierto, que ni los *almanques populares* ni las demás publicaciones de la secta nos lo revelarán—será humanamente imposible, al punto á que han llegado las cosas, arrancar una sola víctima á Satanás. Este considerable número de hombres—dirigidos por algunos jefes que ni siquiera conocen—han alcanzado ya trastornar toda la sociedad humana, y borrar de la vida social y política toda huella de Cristo, cautivar á su Vicerio, y amolezcar con el exterminio á todos los creyentes. Y todo esto se hace, sin que la multitud cualquiera lo sospeche.

Ante este espectáculo tan desgarrador, é impulsado por el aguijón de la caridad, he resuelto, dejando á parte una modestia de que tengo más necesidad que cualquiera otro, romper el silencio, que guardaba tres años há, para revelar al mundo, que habia escrito un libro, en el cual ponía de manifiesto el objeto de la secta. Como viera yo, que nadie se ocupara de este libro, y que, por otra parte, la secta, favorecida por la ignorancia y la indolencia universal, iba cada dia adquiriendo más fuerza, reflexioné, que habiendo publicado mi libro en descargo de mi conciencia, el mundo no es libre ya, de tratarme como predicador en desierto.

Las cuestiones esenciales, que deben resolverse, y que ninguna de las muchísimas obras que he leído para escribir la mia ha resuelto por completo, son cuatro:

1.º ¿Entre Cain, que mató á Abel (Egura de la Iglesia) y Lucifer, hubo comunicaciones que indujeron al primer homicidio, á conspirar contra Dios, conspiracion que produjo desde luego la idolatría, y que producirá hácia el fin del mundo el Anticristo, el hombre del pecado, el hijo de perdition, predestinado en el plan providencial á librar la última batalla á la Iglesia?

2.º ¿No encontramos en todos los siglos huellas de una asociacion de hombres, que conservando algunas tradiciones satánicas en sus reuniones misteriosas, ha luchado perpetuamente contra las verdades natura-

les y reveladas, se ha asociado á todas las rebeliones contra la autoridad civil y religiosa, aunque manteniéndose de tal suerte separada de todas las demás formas de error, que mientras eran éstas sucesivamente vencidas, pudiese ella sobrevivirlas? Y esta asociación de hombres, al paso que cambiaba frecuentemente de nombre ¿no ha conservado durante el curso de los siglos los mismos ritos, los mismos usos, las mismas invocaciones, iguales señales misteriosas, idénticas prácticas supersticiosas, é idénticas fórmulas?

3.ª Estas tradiciones, lo mismo en el mundo pagano, que en el mundo cristiano ¿no son, en resumen, el reverso de la creencia cristiana, la parodia de la Historia sagrada, y no anuncian invariablemente, que el Dios bueno, el gran Arquitecto, quiere tomar revancha final del Dios vengador, que es el de los cristianos, y que la tomará con la ayuda de un descendiente de Cain, predestinado á desgloriar los hombres de las consecuencias del pecado original, y á liberarlos del yugo aborrecido del Dios de los cristianos, de los pontífices y de los reyes, que son los ministros de este mismo Dios, malo y vindicativo?

4.ª El mundo moderno, que en 1789 se dejó ver en plena luz, y que gradualmente ha conseguido imponerse á todo el género humano ¿no es la obra en la cual trabaja tantos siglos há, esa asociación de hombres? Y todos aquellos que aceptan sus doctrinas y pseudo-principios ¿no son verdaderos sectarios, aún cuando no conozcan la secta, ni trabajen en establecer un nuevo orden social contra Cristo, que es el objeto final y oculto de las sectas masónicas?

A todas estas cuestiones responde afirmativamente mi *Storia della Setta Anticristiana*, y las respuestas no son caprichosas, —pues no creo lícito ninún capricho en semejante materia— sino fundadas en los textos sagrados, en los Padres de la Iglesia, en los comentaristas más autorizados, en los historiadores más respetables, y en las mismas confesiones de los Logias.

Eso es, como lo dije muy bien en su tiempo la *Unidad católica*, todo un mundo nuevo, desconocido hasta ahora, toda una nueva filosofía de la historia propuesta al estudio de los cristianos. Empero, yo conozco mi debilidad, mi ignorancia y mi profunda incapacidad.

Es posible, que se juzgue necesario aducir nuevas pruebas, allí donde yo las juzgo suficientes; que se me pidan, y yo aduciré otras; mas, por amor de Dios, procuren todos ocuparse con toda formalidad de la secta, que nos estrecha, que nos ahoga, y que amenaza arrebatarnos cuanto constituye el fondo de nuestra fe.

Solo poniendo en evidencia el objeto que la secta persigue sin descanso, es como podremos formarnos una idea exacta de ella: únicamente por este medio se llegará á arraucarle, no solo una multitud de cristianos, que le prestan un concurso inconsciente, sino tambien un considerable número de adeptos, que ignoran de todo punto sus finesos propósitos. Esta es, en mi concepto, la obra apremiante del momento, la obra á la cual la caridad nos convida á concurrir todos. Confieso, que esta obra ofrece dificultades; por lo mismo, es necesario el concurso de todos los verdaderos creyentes. Es preciso no distraerse en otros asuntos menos interesantes, sino marchar directamente al objeto, y obligar á todas las conciencias á declararse sobre esta cuestion clara y sencilla: ¿estais por Cristo, ó por el Anticristo?

Si yo levanto en fin la voz, es, porque no queda ya sino un solo crimen que cometer, el martirio de Pio IX, horrible maldad ante la cual, estoy seguro que no retrocederá la secta. ¿Cuándo será, que los hombres endurecidos y ciegos, indiferentes á los anatemas de la Iglesia, insensibles á las calurosas y tiernas exhortaciones de nuestro Padre comun, esos hombres á quienes no despiertan los castigos visibles del cielo, querran abrir los ojos á la evidencia, y buscar la causa de todos nuestros males en la obra de iniquidad, que se lleva adelante en pleno día, y que con la más refinada seducción, arrastra al mundo cristiano á la más espantosa apostasia?

Colmada fuera mi dicha si lograse persuadir al lector asiduo, que abandonado el *Almanaque* consabido, se dedicase á estudiar las obras de la secta, y aún más, sus medios de accion sobre la sociedad actual.

## II.

Hija de Satanás, salida de las cavernas, donde *nullus ordo, sed sempiternus horror inhabitat*, la secta, destrozada por el odio

más feroz, no puede entenderse en cosa alguna, no puede edificar nada, ni organizar nada: en un solo punto esta unida, por un sentimiento superior á sus ódios intestinos: el odio contra la Iglesia. Nosotros, hijos de la Iglesia, alimentados con las doctrinas del amor, adheridos los unos á los otros por el vinculo de la caridad, no sabemos poner de acuerdo para atacar, ni aún siquiera para reconocer la secta, y separarnos de ella.

Hé aquí una debilidad culpable; hé aquí la causa de las difíciles pruebas á que Dios nos somete; pues descuidamos conocer á nuestros enemigos: renunciamos, no solo á vencerlos, sino que los abandonamos sin ninguna defensa á nuestras familias, nuestros bienes, nuestra vida, y lo que importa mucho más, nuestra conciencia y nuestra alma; ponemos en sus manos la dirección de la sociedad, y les dejamos el cuidado de representar toda una nacion en el tribunal de Dios. Y es sabido ya, que los castigos ó las misericordias de Dios no se deciden por la conducta de los individuos—éstos, están sujetos á otro juicio—, sino por la conducta de los gobiernos, que hablan y obran en nombre suyo.

Por lo mismo que todos los gobiernos actuales pertenecen á la secta, Dios trata á todas las naciones como sectarias, y las castiga: á los fieles les prodiga gracias, que, por cierto, no caen hoy del cielo como en épocas pasadas; empero, para las naciones no hay gracias en la época presente, porque no las merecen, sino castigos. Como nación ¡ah! la Francia no es todavía digna de Enrique V; el calvicismo no es digno de tener el Papa, dictando, desde Roma, sus leyes al mundo. Hé ahí el secreto del triunfo momentáneo de los malos; empero, no debe perderse nunca de vista, que este triunfo tiene, en el plan providencial, un objeto misericordioso; el de que los cristianos tibios vuelvan á buen camino.

A los malos les parece cosa fácil el obrar el mal; pero, en realidad, les fuera imposible obrarlo, si los buenos no se lo facilitasen con su tibieza y apatía. Hay aún en el mundo un considerable número de personas buenas; pero que no son la verdadera *píebs christiana*, esto es, el pueblo de Cristo, animado de una fe viva y ardiente:

las masas son cristianas por hábito; no por su creencia.

La secta, ocultando con habilidad infernal todos sus ataques contra el cristianismo, ha conseguido la seducción más espantosa, que el mundo haya visto jamás. Estas masas, que practican todavía estensiblemente los deberes cristianos, están unidos con lazos invisibles á la secta anticristiana, y por ella, llevan su pequeña patria para el edificio de Satanás.

Este edificio se va levantando poco á poco, y todos los que ponen en él la mano, distan mucho de saber lo que hacen: la multitud misma de los sectarios lo ignora tanto, como los que ellos llaman profanos. Los unos creen trabajar en favor de una era de progreso, los otros juzgan que pueden aceptar esta nueva era: católicos y sectarios convienen así en admitir un mundo moderno, que, en el fondo, no satisficiera á nadie; pero que creen impuesto á todos por el progreso, y el espíritu del siglo.

Es indispensable, que cada cual se dé cuenta de lo que hace: este mundo moderno es enemigo del mundo eterno, es contrario al cristianismo. Este mundo moderno, es la obra de Satanás. Y hay que proclamar en alta voz, é incansablemente esta verdad, para que sea oída de todo el universo: puesto que es la única verdad que puede salvarnos, y que nos salvará el día en que el linaje humano forme dos campos perfectamente separados, y se levante entre ellos una barrera inaccesible: el campo de los hijos de Dios, y el campo de los secuaces de Satanás.

Es necesario de toda necesidad, que cese la horrible confusion que reina actualmente entre los dos ejércitos: solo á este precio se salvará la sociedad.

## III.

La Providencia quiere empujar á los hombres hasta sus últimos atrincheramientos, y forzarles á confesar, que su conducta es inexcusable; y nos obligará con el peso de los castigos, que nos prepara, á exclamar como los desgraciados condenados al fuego eterno: «Nos hemos engañado: Dios es justo, y hemos merecido su cólera.»

¿Qué motivos se alegaron cuando, se presentó Enrique V á Francia, y fué rechazado? Todos pueden resumirse en éste:

es un rey demasiado leal, demasiado franco, demasiado honrado para nuestros tiempos: la Francia no puede aceptar el gobierno de un patriarca de la antigua ley.

En el fondo, es claro, que a este mundo moderno no le han de faltar razones para no obrar el bien: ni quiere, ni puede querer practicarlo: siendo una creación de la secta, no permitirá nunca que el derecho se establezca en parte alguna, porque el derecho es el orden, y el mundo moderno es el desorden permanente.

En efecto, Cristo es conservador, y el Anticristo es destructor. Suponed conservadas las tradiciones de Adán y Eva, tendreis un mundo fiel a la ley de Dios, tal cual fué formado despues del pecado original. Fué necesaria una primera obra de destruccion; — que Cain matase á Abel — para hacer posible y simbolizar al mismo tiempo la dominacion del Anticristo sobre la tierra. Por esta razon, la secta anticristiana, reconocida, quema todavia incienso el más puro ante el altar de Cain, erigido en todas las Logias.

Durante los muchos siglos en que la secta se vió obligada a ocultarse a todas las miradas, y a trabajar en las tinieblas, no podia reconocerse un adepto, sino con esta señal: la sed de destruccion. Mas ahora, que trabaja en pleno dia, que ha abandonado sus cavernas, que se ha mezclado con el mundo cristiano para dominarle, puede conocerse con terror las conquistas que ha hecho, por la sed de destruir que atormenta á la sociedad.

La Iglesia no destruye nada: ella transforma: cambia el instrumento del mal en instrumento del bien: va sembrando la vida por do quiera que pasa: la muerte nada tiene de comun con ella: Cristo, su divino esposo, la venció, para siempre jamás. Cuanto nos queda de la Roma pagana, la Iglesia es quien lo ha conservado: tomó la cruz — el signo más ignominioso de los antiguos suplicios — y la colocó sobre los monumentos del paganismo: una civilizacion se injertó en otra, y las espléndidas creaciones del genio del hombre se transformaron: lo que servia á la mentira, fué consagrado á la verdad.

Cuando Dios nos juzgue dignos de sus misericordias, se formará en Europa un

gran partido de orden, y tomará por modelo la Iglesia: este partido no hablará de destruir, sino de reedificar, que es enteramente lo contrario. Cada cual, reconociendo que no hay otro modelo que Cristo, empezará por echar los fundamentos de la reedificacion en su propia conciencia.

Aún cuando no tuviésemos otra cosa de comun con la secta, que este febril ardor de destruirlo todo, ó de permitir, que todo sea destruido, lo cual es el signo más general de la perversidad á que hemos llegado, esta sola mancomunidad debiera advertirnos, que estamos muy apartados de Cristo nuestro modelo. Pero nos hemos desgraciadamente aproximado á la secta por otros lados: y por esto la separacion de los dos mundos, el cristiano y el anticristiano será muy difícil.

Es necesario rechazar el pretendido progreso, arrojar al rostro de los que las han inventado, la libertad, la igualdad, la fraternidad que se predica en las Logias, vomitar los principios del 89, y salir, en fin, resueltamente de ese caos inextricable, que ha tomado el nombre de mundo moderno, y que la secta opone al mundo eterno. Este mundo moderno domina en nuestros corazones con mucha más fuerza de lo que nos atrevemos á confesar: es preciso deterrarlo de nuestras almas si queremos, en realidad, trabajar en la salvacion social.

Lo mismo para el pueblo cristiano, que para el pueblo hebreo, no hay salvacion posible, sino con una condicion esencial: separarse completamente de la secta. Los hijos de Dios y los hijos de Belial no deben tener nada que les sea comun. Esta separacion, se ha hecho ya? Si se ha hecho, veremos muy pronto en Francia á Enrique V, que nos ofrecerá una prenda de reconciliacion entre el cielo y el género humano, y anunciará una era de paz: si no se ha hecho, aguardemos un catalicismo; porque es visible, por más de una señal, que Dios va á pedirnos cuenta de la ceguedad que nos arrastra en pos de todas las inmundicias y alucinamientos del mundo anticristiano.

JUAN ESTEBAN DE CAMILLE.

(JOURNAL DE FLORENCE, 23 de Diciembre 1873; — 45 de Enero, y 7 de Marzo 1874.)

## LA SECTA Y SAN JUAN.

Estoy profundamente convencido, de que el mundo no alcanzara el oasis de paz y de felicidad que Dios nos prepara, sino al precio de una separacion formal y decidida, entre la sociedad cristiana, y la sociedad anticristiana. Esta misma conviccion tiene evidentemente Satanás, quien, viendo donde está el verdadero peligro para su dominacion, no perdona ni un medio para oscurecer la cuestion de la secta.

Desde que el centinela del Vaticano, alarmado de los progresos y de la audacia increíble de los enemigos de Cristo, horroizado de la suerte que preparan al género humano, ha levantado su voz venerada contra la Francmasoneria: la atencion de los pueblos todos se ha fijado en la secta. Empero, Satanás está presente, y, voluntariamente, no se da por vencido: por eso procura extraviar la opinion pública, y hace que ésta corra de una á otra parte en busca de los secretos sectarios; forma un laberinto de sectas nuevas variables, que tienen multitud de diferentes programas; hace circular números, estadísticas, y almanagues á los pueblos pasmados, y se esfuerza, por medio de prodigios sobrenaturales, en distraer al público en multitud de cuestiones, ó inútiles, ó insolubles; todo con el fin supremo de condenarle perpetuamente á las tinieblas y á la impotencia.

Empero, el Vaticano ha tocado á rebato, ha conmovido ya al público contra la sec-

ta; y esto es ya una felicidad de que el mundo cristiano debe estar reconocido al Angel, que no cesa, ni aún en su cautividad, de velar sobre los destinos del mundo. No obstante, sepase bien, la primera condicion para separarse de la secta, es conocerla: débese, por lo mismo, establecer con toda claridad lo que ella es, de donde viene, y á donde se dirige. Hé aquí como yo la defino:

*La secta anticristiana es una: su origen sube hasta Cain, y se la reconoce al través de toda la historia del mundo, siempre encarnizada contra Dios y su Iglesia; su destino es preparar el camino al último Anticristo al hombre del pecado, al hijo de perdicion. Su nombre actual es Francmasoneria.*

Esta definicion tiene suma importancia, en el sentido de que, de ella derivan necesariamente estos dos corolarios:

1.º Ningun cristiano, sollicito de la salvacion de su alma, puede en nada hacer causa comun con la Francmasoneria. Aceptar los principios de esa secta, aprobar sus doctrinas, sancionar sus manejos, es separarse de Cristo, puesto que se concurre directa ó indirectamente á combatirlo;

2.º Multitud de los mismos sectarios, ignorando completamente el objeto final de la secta, y no sospechando siquiera que trabajan en el advenimiento del más temible de los tiranos, entrarán en si mismos, mer-